
EJERCICIO VII.

PARA EL DOMINGO QUINTO DESPUES DE LA EPIFANIA.

INSTRUCCION SÉPTIMA SOBRE LOS SUPRIMIENTOS DE LA VIRGEN SANTÍSIMA DURANTE LA PASION DE JESUCRISTO.

No vocetis me Noemi (id est pulchram), sed vocate me Mara (id est amaram), quia amaritudine valdè replevit me Omnipotens.

No me llameis hermosa : llamadme mas bien amarga : porque es grande la amargura de que el Omnipotente me ha llenado. (*Ruth*, cap. 1, v. 20.)

Por mas dulces que fuesen el consuelo y la alegría de la Virgen santísima, viendo las maravillas que obraba el Salvador en la Judea y en la Galilea ; la idea de su pasion y la imágen de la muerte que habia de sufrir por la redencion del linaje humano, estaban continuamente presentes á su espíritu, y anegaban su corazon en un mar de amarguras,

como ponderan los santos Padres. Quanto mas veía que se admiraba la sabiduría de su divino Hijo, y se publicaban y aplaudian sus milagros, quanto mas llenaba sus oidos la fama que Jesús adquiria en todo el pais ; tanto mas se afligia su corazon al considerar que su mismo Hijo, que hacia todas las delicias del eterno Padre y las suyas, habia de ser un dia saturado de oprobios, y condenado á morir ignominiosamente en la cruz. Perfectamente instruida en todos los misterios de la redencion, veía con amargo dolor y anticipadamente el tiempo determinado en que se habia de verificar este sangriento sacrificio. Y como el término iba acercándose cada dia ; así tambien cada dia se aumentaba la amargura de su corazon, cada dia se presentaban á su imaginacion nuevas circunstancias de las que habian de acompañar la pasion del Salvador, cada dia experimentaba su espíritu el tormento mas cruel.

Habiendo finalmente llegado el tiempo en que el Hijo de Dios debia ofrecerse como víctima á su eterno Padre, María pasó á Jerusalem casi al mismo tiempo que Jesús, á saber, seis ó siete dias antes de la fiesta de Pascua ; y se retiró á la casa de su parienta María, madre de Marcos, desde la cual fue testigo del triunfo superficial y pasajero en

que fue recibido el Salvador cuando entró en Jerusalem. La mas triste y horrorosa tragedia debia suceder al vivo entusiasmo con que aquel pueblo celebraba la entrada de Jesucristo : y por lo mismo el grito de *Hosanna* que resonaba por toda la ciudad, aumentaba la afliccion de María, bien lejos de inundarla de satisfaccion ; porque sabia que pronto aquellas exclamaciones de amor y de respeto se cambiarian en gritos de odio y de execracion.

Se puede imaginar, cual seria la amargura de su alma cuando supo que su divino Hijo habia sido preso, y que se le conducia de tribunal en tribunal del modo mas vil é infame. Jamás madre alguna ha sentido tan intensamente los malos tratamientos que se hayan hecho experimentar al hijo mas estimado : toda la Iglesia reconoce que jamás ha existido una madre tan afligida como María : todos los santos Padres convienen en que ella sola padeció mas que todos los mártires juntos, por cuyo motivo se le ha dado el justo título de Reina de los mártires, *Regina Martyrum* ; y se ha asegurado que solo por un milagro pudo sobrevivir á la dolorosa é ignominiosa pasion de su adorado Hijo. Y si la Virgen no dió paso alguno para reclamar contra el conjunto de calumnias, de opro-

bios, y de tormentos que pesaban sobre el buen Jesús ; fue porque ofreciéndolo ella misma al eterno Padre en calidad de víctima en el dia de su presentacion en el Templo, consintió, por decirlo así, en su muerte para la salud de los hombres : y esta consideracion fue la que la obligó á guardar un profundo silencio durante todo el curso de la pasion. Aun hizo mas : pues animada de un valor sobrenatural y superior á sus fuerzas, quiso acompañarle al Calvario, y asistir á su muerte al pié de la cruz, segun los impenetrables designios de la divina Providencia. ¡ Cuánto debió costar este sacrificio á la Virgen santísima ! Todo lo que la crueldad de los verdugos ha hecho sufrir á los cuerpos de los mártires, debe ser reputado por nada, exclama san Anselmo, comparado con el acerbo tormento que sufrió María en el acto de la muerte de su amado Hijo en el Calvario. Los mártires, dice san Gerónimo, han sido tales teniendo la satisfaccion de morir por Jesucristo ; pero María lo fue con dolor sin mezcla de satisfaccion muriendo con Jesucristo, ó, por decirlo mejor, sobreviviendo á Jesucristo ; porque es cierto, continua el mismo santo, que María amó mas á su Hijo que todas las otras madres ; y por lo mismo experimentó un dolor incomparable-

mente mas acerbo viéndole sufrir, hasta el punto que penetró á lo mas íntimo de su alma. En los mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenian á Dios endulzaba la pena que les causaban los tormentos ; mas el amor extraordinario que la Virgen santísima tenia á su amado Hijo era precisamente lo que hacia su martirio : y la pasion dolorosa del Hijo fue en todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la Madre.

La sola vista de Jesucristo clavado en la cruz hacia el consuelo de todos los mártires ; pero con respecto á María este triste objeto hacia su mayor tormento. Jesucristo consolaba, y aun inundaba de una alegría interior á sus mártires en medio de los mayores suplicios ; y hasta suspendia muy á menudo en favor de los mismos la actividad del fuego en los hornos encendidos y en las calderas de plomo derretido. Pero en órden á la Virgen santísima, Jesucristo sufriendo y muriendo, lejos de apartar de ella el cáliz de amargura, la hace participar de él, haciéndola sentir en el alma los dolores que él padece en el cuerpo. El divino Redentor, dice san Bernardo, es para su Madre un mar de afliccion, en el cual se anega su angustiado corazon. *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris ; gravius passa est mente, quam mar-*

tyres carne. « Juzgad, dice este santo Doctor, de la grandeza de su dolor por la grandeza de su amor. Ella sola ha padecido mas en su alma, que no han sufrido en sus cuerpos todos los mártires juntos. » Y ciertamente, asegura san Bernardino de Sena, fue tan intenso, tan vivo y tan extraordinario el dolor de María viendo espirar á su amado Hijo en la cruz ; que si lo hubiese podido repartir entre todas las criaturas capaces de sentimiento, no hubiera habido una sola que no hubiese muerto á la fuerza de la porcion que le hubiese tocado : *tantus fuit dolor Virginis, quod si inter omnes creaturas, quæ dolorem pati possunt, divideretur, omnes simul interirent.* El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el adorable cuerpo de su Hijo : *quod in carne Christi agebant clavi, et lancea, hoc in Virginis mente agebat naturalis affectus et materna angustia.* Vuestro Hijo, Virgen santísima, exclama san Buenaventura, ha padecido en su cuerpo, y Vos en vuestra alma ; pero todas esas llagas esparcidas en los varios miembros de su cuerpo se hallaban reunidas en vuestro corazon : *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in corde tuo sunt unita.*

Es pues bien cierto, ó bienaventurada Virgen, concluye san Bernardo, que vuestra alma ha sido verdaderamente traspasada de dolor: *Vere tuam ipsius animam doloris gladius pertransivit.*

En atencion á que la Virgen María ha padecido por la salud de los hombres ese doloroso martirio, al cual se le ha dado justamente el nombre de Pasion; de ahí es que todos los fieles han procurado siempre honrar con particular devocion esta pasion de la Virgen, bajo el título de nuestra Señora de la Piedad, ó de la compasion de la Virgen santísima, ó de nuestra Señora de los siete Dolores. La Silla apostólica ha aprobado el oficio y la fiesta: por cuyo motivo trataremos otra vez este punto en el dia que se celebra por la Iglesia, que es el viernes de la quinta semana de cuaresma.

EJEMPLO VII.

Sacrificio heróico de una madre en favor del asesino de su hijo, hecho en memoria de los padecimientos de María.

Una Dama que no tenia mas que un hijo, supo que este habia sido muerto, y que el asesino se habia refugiado por acaso en su propio palacio. Esta madre afligida, acordándose que María habia perdonado á los verdugos de Jesus, quiso perdonar al desgraciado matador de su

hijo, en honor de los Dolores de María. Y no solo le perdonó, sino que tambien le proveyó de caballo, de dinero y de vestido, á fin de que pudiese escaparse mas fácilmente de la persecucion de la justicia. Despues de un acto tan generoso se le apareció su hijo, y la aseguró que se habia salvado; y que en consideracion á la conducta que ella habia observado con el asesino, la Madre de Dios le habia librado del purgatorio, en donde habria tenido que padecer por largo tiempo. (Sacado de un libro intitulado: *Secretos para obtener toda suerte de gracias.*)

PRACTICA VII EN HONOR DE MARIA.

(De santa Coleta.)

Compadece á la Virgen santísima en los dolores que padeció con motivo de la pasion de su Hijo. ¿Y cómo podrá decir que ama á María el que no la compadece en su dolor? La Virgen santísima hablando á santa Brígida, se quejaba del corto número de cristianos que la amasen cordialmente, en atencion á que eran muy pocos los que la compadecian en sus dolores. Santa Coleta se ejercitaba muy á menudo en esta práctica de piedad.

ORACION VII A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Bernardo.)

¡O María! Vos sois en realidad la Mujer fuerte, en la cual el Señor ha hallado su reposo, y á quien ha hecho depositaria de todos sus tesoros. Todo el mundo honra vuestro casto seno, como el verdadero templo de Dios, en donde ha tenido principio la salud del linaje humano, y en donde se ha concertado la reconciliacion entre Dios

y los hombres. Vos sois el huerto cerrado donde el pecado no ha podido penetrar para devastarlo. Vos sois el hermoso jardín, en donde Dios ha producido todas las flores que adornan su Iglesia, entre las que sobresalen la violeta de vuestra humildad y la rosa de vuestra caridad. ¡O Madre de gracia y de bondad! ¿A quién podrémos compararos? Vos sois el paraíso de Dios: de Vos sale la fuente de agua viva que riega la tierra. Mas sobre todo ¿cuántos beneficios no ha recibido el mundo después que con vuestros dolores merecisteis en el Calvario ser el acueducto saludable de todo el género humano? Haced que lleguen hasta nosotros los felices efectos de vuestra influencia, á fin de que lavados en sus puras aguas, podamos algun dia ser introducidos en el reino eterno, en donde no tiene entrada la mas leve mancha. Amen.

EJERCICIO VIII.

PARA EL DOMINGO SEXTO DESPUES DE LA EPIFANIA.

INSTRUCCION OCTAVA. LA VIRGEN SANTISIMA EN EL CALVARIO.

Fili mi, Fili mi, quis mihi tribuat ut ego moriar pro te.

Hijo mio, hijo mio, ¡ojalá que me fuese permitido morir por tí.
(2 Reg., cap. 18, v. 33.)

Se acercaban los momentos de la pasión de Jesucristo, y los ojos de María estaban de continuo bañados en lágrimas, no pudiendo apartar de su imaginación á su Hijo amadísimo, al cual iba á perder en esta vida. Un sudor frio se desprendia de todos sus miembros á la sola consideración del cruel espectáculo de dolor que miraba cercano. Y habiendo por fin llegado el dia, el buen Jesus se despidió de su angustiada Madre para ir á la muerte. Los discipulos del Salva-